

# Momento histórico

¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! que estamos entrando en el período de la verdad! De la verdad que se debe a la pasión, de la verdad que se abre camino por entre las supuestas habilidades de los rúbulas y leguleyos. Las bofetadas de Sánchez Guerra—las que dió y recibió—son verdad; es verdad el gesto noble del vizconde de Eza pidiendo pagar su incapacidad; son verdad la huida de Cambó y la de Maura; es verdad el exabrupto del marqués de Villaviciosa de Asturias pidiendo que los limpiabotas del reino paguen con sus cabezas su servilidad y el haber lustreado esas botas con la grasa de los muertos en Annual. Todo eso es verdad. ¡Gracias a Dios!

*La Epoca*, el órgano de las gentes de pasiones frías y corrosivas, de pasiones farisaicas, dice que «no hay sino movimientos pasionales». Es lo que hace falta.

Alberto Sorel, en su obra ya clásica *Europa y la Revolución francesa* (segunda parte: «La caída de la realeza»; libro IV, «La guerra», capítulo I, párrafo cuarto), al contar la sesión en que la Asamblea nacional hizo que el rey declarara el 20 de abril de 1792 la guerra a los reyes, dice estas palabras: «Resultó que la pasión tenía razón contra el sentido común.» Es lo que ocurre en los momentos graves de la historia de un pueblo, en los momentos verdaderamente históricos; la pasión tiene razón contra el sentido común, siempre miserable y enemigo del sentido propio—que es la inteligencia—, y mucho más contra el sentido común de los conservadores, que es el más común, en el peor sentido, de todos los sentidos.

Ya no va a servir el camelo eso de la «figura» de delito; ya no va a servir el desfigurar las cosas. El marqués de Lema, yerno de Sánchez de Toca, repite que contra él no se ha concretado acusación. Y falta a la verdad. La hemos concretado. Hemos dicho que a él le cabe la culpa de haber permitido que se fuera, se escapara, a Londres y París, a hacer de agente diplomático, quien no podía hacerlo, quien no podía llevar poderes del ministro de Estado, y que de aquella misión desdichada salió la santiagada. ¿Que no fué así? Eso tendría que probarlo el marqués de Lema; pero la acusación es concreta. Y el marqués de Lema sabe de sobra que se procesa y se enjuicia por indicios.

Estos conservadores españoles, «idóneos» y «furrieles» todos ellos, empezando por Maura, inventor de los motes esos; estos conservadores españoles, celestinos del despotismo, cirineos de la arbitrariedad dinástica, quieren declararse im procesables. No se les puede ni acusar. En seguida tienen en la boca la palabra «¡calumnial!». Pero no quieren que se les ponga en condiciones de probar que lo es. El más claro es eso que se llama Cierva. El Cierva eso—ese—, en cuanto se le mienta la bicha, empieza a dar corcovos y cabriolas y a hablar de malas pasiones contra él.

Pues bien, sí, estamos indignados contra eso. Y es la inteligencia lo que se nos indigna; es una pasión intelectual. Nos da vergüenza que en nuestra patria haya podido llegar a ser prestigio esa negación de inteligencia. Nos da vergüenza el que nuestra patria pueda ser regida por dementes. No por locos, no—el loco puede ser ingenioso, original, genial, divertido...—, sino por dementes.

El momento histórico que estamos viviendo es el de la verdad. Ya no valen camelos. Y por ello el máximo camelista, el príncipe del camelo, don Antonio Maura, el que formó y dirigió el Gabinete del encubrimiento y de la tercera y de la máxima servilidad, debe ir a responder por no haber sabido, no haber podido o no haber querido gobernar; el gran histrión de la conferencia de Pizarra debe ir a responder. Su obligación fué salvar la dignidad de la nación, de la patria, y no el prestigio—prestigio quiere decir engaño—del reino. También él actuó de limpiabotas. Ahora se le pide la cuenta de la grasa.

Miguel DE UNAMUNO

